

✈ CAMINO, E., *A Dios por la belleza. La via pulchritudinis*, Encuentro, Madrid 2016, 176 pp.

Eduardo Camino, natural de La Coruña, es sacerdote, doctor en Teología Moral. Fue profesor de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Ha escrito varios libros. Acerca del origen del presente título, nos hace esta significativa indicación: “Este libro empieza a ‘engendrarse’ a partir de la siguiente afirmación del entonces cardenal J. Ratzinger: «estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de su verdad, contra toda negación, son de un lado los santos y de otro la *belleza* que la fe ha generado. Para que la fe pueda hoy crecer debemos guiarnos a nosotros mismos y a los hombres con los que nos encontramos a conocer los santos y a entrar en contacto con lo bello»”.

El contenido de la obra se divide en tres partes. En la primera, después de ofrecer una explicación de la mencionada afirmación de J. Ratzinger, se intenta definir lo que es la belleza, tarea nada sencilla pues “la belleza es más fácil sentirla que describirla”. Se habla de belleza objetiva y subjetiva y, particularmente de la belleza como medio para encontrar a Dios, belleza plena e infinita. Se habla de la fuerza de la belleza, del estupor y la maravilla que despierta y de las disposiciones necesarias para captarla y gustarla.

En la segunda parte se examinan los diversos tipos de belleza y el valor de cada uno de ellos. La belleza de la creación y del hombre, con una atención preferente hacia los tipos de belleza relacionados con el ser humano: su creación y constitución, su vocación y su respuesta a Dios, la belleza del cuerpo y la belleza del bien; luego, las obras maestras y bellas creadas por el hombre: el arte (profano y sacro), la belleza de la liturgia y de la predicación. La tercera parte trata de los “testigos de la belleza” con un acento especial en la belleza prototípica de Jesús (en su ser y obrar, también en su pasión) y, muy en particular, en el episodio evangélico de su transfiguración. Testigos de esa belleza suprema son los apóstoles, los santos en general, sobre todo la Virgen María. El tratamiento de todos estos aspectos de la belleza refleja que el autor ha hecho del tema objeto de interiorización y serena reflexión. Como prueba de seriedad del texto,

se puede anotar también que está apuntalado con numerosas y variadas citaciones (bíblicas, del magisterio eclesial, de la literatura religiosa y profana...). Y no falta la nota de claridad y lenguaje apropiados en todas las páginas. — J. P.